

LA PRESENCIA DE LAS FAMILIAS DEL ALUMNADO DE CICLOS FORMATIVOS DE GRADO MEDIO EN LOS INSTITUTOS DE SECUNDARIA

SOLEDAD GARCÍA-GÓMEZ Y ROSARIO ORDÓÑEZ SIERRA

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

solgar@us.es, rordonez@us.es

El binomio familia-escuela se ha convertido en las últimas décadas en un relevante objeto de estudio a nivel de investigación educativa y sociológica. Las relaciones que se establecen y/o han de establecer entre ambas instituciones -tan distintas y tan cruciales en los procesos de socialización de la infancia y la juventud- son analizadas desde enfoques diversos y son prescritas con intereses también diversos.

La presencia de las familias en la escuela se regula especialmente a partir de las normativas de democratización del sistema educativo (LODE, 1985). La constitución de los Consejos Escolares de los centros, la creación de las asociaciones de madres y padres del alumnado (AMPA) y las escuelas para padres, van configurando con el paso de los años una determinada manera de relación entre la institución y la familia. Según Redding (2000) estas relaciones no son permanentes e idénticas, cambian en función del período histórico ligado a la situación económica.

La relación familia-escuela ha quedado con frecuencia limitada a la denominada "participación de la familia en la escuela". En palabras de Redding (2000), " la participación de los padres es una expresión imprecisa pues abarca todo e incluye desde la formación y educación en casa hasta el compromiso de los padres en las actividades de la escuela" (24). En la actualidad se suele entender a nivel general que la familia participa en la escuela si la madre y/o el padre acude a una reunión cuando el tutor o tutora les convoca, si se proponen como "colaboradores" del grupo-clase, si apoyan las actividades extraescolares o complementarias, si se presentan y votan en las elecciones al consejo escolar, si son miembros del AMPA, etc. O sea, participar es atender las demandas que se le hacen desde el centro educativo. Participar no es estar en relación con el centro, es cumplir con sus exigencias.

A lo largo de la escolaridad obligatoria (educación primaria y secundaria) y de la escolaridad opcional (educación infantil, bachillerato y ciclos formativos), la participación, entendida como acabamos de explicitar, es muy desigual. Se reconoce una intensa participación de madres en el centro mientras sus hijos e hijas cursan educación infantil y, en muchos casos, este nivel se mantiene a lo largo de la primaria. El paso a la educación secundaria obligatoria (ESO) que, en los centros públicos, implica cambiar de institución, es un momento clave. Se mantiene que la participación

de las familias comienza a declinar o agudiza su deterioro a partir de la transición de la educación primaria a la ESO.

Cuando los chicos y las chicas inician estudios de ciclos formativos de grado medio (CFGM) ya no se habla de una disminución de la participación de las familias en los institutos, directamente parece ser que se sobreentiende que en este nivel la familia no tiene ningún vínculo con el centro educativo. Ya no se juzga su escasa presencia allí, sencillamente se da por supuesto que ese vínculo ha desaparecido. En el informe del Consejo Escolar del Estado (2014) sobre la participación de las familias no hay lugar para este colectivo.

La "no participación" de las familias en el instituto en demasiadas ocasiones se traduce interesadamente en otra afirmación de calado: "las familias no se preocupan de la educación de sus hijos e hijas".

Nuestro grupo de investigación (FORNAL, HUM-959) se planteó recientemente indagar en las expectativas que tienen las familias de alumnas y alumnos de CFGM sobre el futuro de sus hijos e hijas en los ámbitos vital, académico y profesional. Una de las parcelas consideradas en el estudio ha sido, precisamente, explorar qué relación mantienen con los institutos a los que asisten sus hijos e hijas, cuál es su vínculo con la institución, con el profesorado.

La principal conclusión que podemos extraer -tras el análisis de esta parcela de los datos obtenidos mediante veinte entrevistas semiestructuradas- ha sido que las familias del alumnado de CFGM sí se preocupan por la formación de sus hijos e hijas, sí valoran el trabajo del profesorado y sí confían en la institución educativa. Les acompañan en el día a día, les apoyan, les animan, les aconsejan, les sostienen. Claro que participan en los procesos formativos de sus hijos e hijas, y claro, también, que a lo largo de los años han asumido que al centro se acude cuando el profesorado les convoca porque hay algún problema. Esa suele ser su lectura de lo que la institución les demanda.

El currículum oculto transmitido a lo largo de muchos cursos (junto a otro tipo de factores como la distancia del hogar al instituto, la falta de tiempo o una situación económica precaria), ha hecho mella y ha sentado de forma implícita las bases del tipo de relación que la institución espera de las familias: que acuda cuando se le convoca y, entonces, si hay problemas, que los solucionen en el hogar. Como plantea Bolívar Botía (2006), "la pervivencia de una pesada tradición empotrada en la cultura escolar, considera que la educación es algo exclusivo del centro y de su profesorado, y la participación de los padres y madres es vista como una intromisión en asuntos que no les pertenecen, lo que inhibe su implicación" (130).

Por su parte, Garreta Bocacha (2008) afirma que "estas dinámicas se construyen a partir de la experiencia sociocultural y escolar de los padres y madres que les predispone a unos u otros tipos de relación, pero también por las experiencias (comunicación e información que recibe o cree recibir de la escuela, mensajes que les llegan de otros

padres, docentes, personal de la escuela, etc.) que se van viviendo a lo largo del proceso de escolarización de sus hijos e hijas" (139).

Sin embargo, en el ámbito familiar el panorama suele ser bien diferente. Recientes estudios centrados en el alumnado de CFGM muestran cómo los chicos y las chicas que los cursan se sienten apoyados por sus familias. De hecho, reconocen su labor orientadora (Romero Rodríguez y otros, 2012) frente a la del profesorado. Se sienten plenamente apoyados por sus padres (García Gómez y Blanco García, 2015) y estos entienden que sí participan de la educación de sus hijos e hijas... aunque no suelen ir a los centros educativos.

Referencias bibliográficas

Bolívar Botia, A. (2006). Familia y escuela: dos mundos llamados a trabajar en común. *Revista de Educación*, 339, 119-146.

Consejo Escolar del Estado (2014). *La participación de las familias en la educación escolar*. Ministerio Educación, Cultura y Deporte.

García Gómez, S. y Blanco García, N. (2015). Los ciclos formativos de grado medio: una opción para salir del laberinto personal y académico. *Tendencias pedagógicas*, 25, 301-320.

Garreta Bocacha, J. (2008). Escuela, familia de origen inmigrante y participación. *Revista de Educación*, 345, 133-155.

Redding, S. (2000). *Familias y centros escolares*. Ginebra: Oficina Internacional de Educación.

Romero Rodríguez, S. y otros (2012). El alumnado de formación profesional inicial en Andalucía y sus necesidades de orientación. Algunas aportaciones. *Revista Española de Orientación y Psicopedagogía*, 23 (2), 4-21.